



SEMENARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



13 de julio de 1889



Núm. 89



MERCEDES Y LOS GORRIONES



## UN RATO DE CHARLA

**M**AGNÍFICA batalla la que acaba de librarse en París entre franceses y norteamericanos. ¡Todas fuesen del carácter que ha tenido la que digo!

El teatro de la lucha era la sala Seldemeyer. El objeto de la lucha la posesión de un cuadro del difunto pintor Millet, titulado el *Angelus*, propiedad del coleccionista M. Secretan, que ha debido vender su preciosa galería para atender á sus obligaciones como hombre de negocios.

Este *Angelus* fué pintado por Millet hace algunos, no muchos, años. Pretendía sacar de él 1,800 francos, y no encontraba comprador bastante generoso que quisiese abonarle tan *exagerado* precio. Un norteamericano estuvo á punto de adquirirlo, pero á última hora y por consejo de algunos inteligentes (!) se volvió atrás. Por fin, un caballero llamado M. Alfredo Feydeau, hizo el sacrificio de quedarse definitivamente con él por los expresados 1,800 francos.

Poco tiempo después el *Angelus* era vendido en 3,000 francos, y al cabo de algunos años era adquirido por un inglés que dió por él 38,000, hasta que pasó á poder de M. Secretan, que lo compró por 100,000.

Mientras llegaba el día de celebrarse la subasta de la galería del digno banquero-coleccionista, reinaba, así en el mundo de los millonarios de gusto como en el de los buenos patriotas franceses, la mayor efervescencia tocante á la suerte que debía caberle al *Angelus*. Los archimillonarios *yankees* querían llevárselo á Nueva York ó Chicago: los franceses se estremecían al pensar en esto y hacían punto de honra que el cuadro de Millet figurase en el Museo del Louvre.

Amanece en esto el día de la batalla: llénase de gente, con los bolsillos repletos de billetes de Banco, la vasta sala Seldemeyer, y comienza la brega.

—Pedimos por *el Angelus* 300,000 francos,—dice el subastador.

—Doy 100,000,—responde un particular.

—Hay quien ha ofrecido ya 125,000,—replica el hombre del martillo.

Y se formaliza la batalla en toda la línea. Sí: M. Proust, director de los Museos de París, puja hasta 150,000, los *yankees* le baten con 160,000; y así, en extraordinario *crescendo*, suben, suben, suben y suben las ofertas hasta 553,000 francos, triunfando en definitiva M. Proust. Y como de esta venta

ha de percibir el Estado el 5 por ciento, resulta en números redondos adquirido el *Angelus* por 580,000 francos, en medio de los atronadores aplausos de los franceses.

No paró aquí todo, sin embargo, sino que el representante de los *yankees* fué luego á encontrar al afortunado adquisidor proponiéndole su compra por el mismo precio y 50,000 francos encima para los pobres de París. Negóse M. Proust, y claro está que se negó, pues se supo después que tenía instrucciones para pujar hasta un millón.



El cucharón indio

Sin duda que esto es hermoso y dice mucho en favor del patriotismo y del buen gusto francés. El cuadro figurará en el Louvre; pero ¿estarán seguros los parisienses de que cualquier día un bombardeo prusiano no destruya la preciosa tela, de la propia manera que los franceses nos arrebataron tantos cuadros de nuestros Museos y echaron á perder *la Cena* de Leonardo en Milán?

¡La guerra! Eso es lo horrible, lo brutal. En esa misma Francia, tan hermosamente generosa, tan prendada de las obras de los artistas, ocurren cosas espantosas en otro concepto, cosas que nuestros duques de Alba y nuestros Farnesios parlamentarios quieren imponer también aquí. Me refiero al servi-

cio militar obligatorio, siendo así que el ideal sería la abolición de quintas y la formación de un ejército de voluntarios, como en los Estados Unidos, la Argentina y demás prósperas naciones americanas.

Pero voy á decir ya qué es lo que sucede en Francia, formando el reverso de la magnífica medalla de la sala Seldemeyer.

«Heraldos del patriotismo á costa del prójimo, partidarios del servicio militar universal y obligatorio,—dice un acreditado periódico, muy independiente,—oid cómo son tratados los soldados en Francia. A trueque de quitarles el pelo de la dehesa, los jefes consienten que los subalternos les manteen y se proponen con ellos á todo linaje de bromas pesadas, hasta que ocurre, cual expliqué recientemente, que á uno le rompen la crisma, se forma causa y salen los siniestros farsantes condenados á la irrisoria pena de unos meses de cárcel.

»No es esto todo: se dan casos frecuentes de que los físicos de los regimientos toman sistemáticamente, á los soldados que se quejan de algún padecimiento, por poltrones, y les obligan á seguir el servicio hasta que revientan ó se les sorprende á punto de suicidarse de desesperación, como ocurrió esos días con el soldado S... Esos médicos sin entrañas sólo miran su conveniencia.

»Y no son estos los únicos abusos. Sea, por ejemplo, destinado un recluta á caballería, y cuanto más temor instintivo manifiesta sobre el caballo, más se le obliga á andar al galope, hasta que viene día en que en el mismo picadero cae estrellado. Se trata de ejercitar quintos en la gimnasia: pues se les obligará á pasar el pórtico á la altura de un primer piso, y, para que no les den tentaciones de caerse, pónense á entrambos lados del pórtico fusiles con bayoneta calada formando pabellones; por manera que si á alguno de aquellos infelices le da el vértigo, ya sabe lo que le espera: morir empalado. ¡Oh, qué civilizador es el servicio militar obligatorio!»

No se crea, sin embargo, que falten en Francia ilustres entidades que abominen de la guerra y se horroricen de esta salvaje demencia del *Homo sapiens*. Octavio Mirabeau y Guy de Maupassant, separándose del vulgo patriotero, han lanzado sus más violentas diatribas contra la guerra, espanto de las madres, ruina de las naciones, plaga de la humanidad.

Aquí, en este desdichadísimo país, donde vamos siempre un siglo atrasados, se tiene, sin embargo, por una gran prueba de democracia eso del *servicio militar obligatorio*, y se piden 300,000 hombres sobre las armas.

¡Qué le vamos á hacer!

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



## EXPOSICION UNIVERSAL DE PARÍS

## II

## FUENTES LUMINOSAS. — HABITACIÓN HUMANA

El maravilloso y mágico espectáculo de las *fontaines lumineuses* es uno de los alicientes que más concurrencia atrae por la noche al Campo de Marte. ¡Nada comparable al fascinador conjunto de deslumbramientos que se perciben en tanto dura su función! Al hablaros de *fontaines*, desde luego habréis comprendido que se trataba de más de una, y habréis compren-



El marinerito

didó bien. Tres son las que se admiran. La primera, que está encerrada entre las cuatro bases de la Torre Eiffel, es un monumento de 9 metros de altura por 12 de diámetro, en cuyo centro, cuatro estatuas, la Historia, el Comercio, el Despertar y el Amor, sostienen á una quinta semitendida (la Noche), que á su vez trata de retener la luz al tender su vuelo. Este grupo está escoltado por las cinco partes del mundo, desparramadas por el pilón.

La otra fuente, que se halla entre los dos palacios de las Artes, es de más vastas dimensiones que la anterior. Tiene dos pilones, uno á mayor nivel que otro, destacándose en el superior el barco de Lutecia, que figura en las armas de París. Esta fuente es soberbia, resultando su conjunto más sobrio, pero más simpático que el de la primera.

La tercera y última, la fuente luminosa por excelencia, se levanta delante del Palacio de la Industria y entre los dos pabellones de la Villa de París. Forma una serie de pilones escalonados, y las estatuas figuran diversos ríos de Francia, monstruos marinos, cataratas, etc., etc.

Al entrar por la puerta del puente del Sena, se encuentra el visitante con jardines á uno y otro lado, donde está historiada la *Habitación humana*. El arquitecto encargado de su ejecución es M. Ch. Garnier, famoso por su Gran Opera y por la guerra implacable que hizo al proyecto de M. Eiffel. La idea,

aunque nueva, no es original, ya que sus autores se han limitado á tomarla, punto por punto, del conocido libro de Viollet le Duc.

Hé aquí ahora la enumeración, por decirlo así, de las viviendas históricas desde la Puerta de la Avenida de la Bourdunnais, detrás del Panorama de la Compañía Trasatlántica, hasta el Restaurant Duval, junto á la estación del ferrocarril del Campo de Marte, es decir, casi en toda la anchura de éste, en una extensión de unos 500 metros: El albergue al aire libre.—El albergue bajo las rocas.—Las cavernas.—Tienda de la época del reno.—Choza de ramas de la época de la piedra tallada.—Camino cubierto y molino de la época de la piedra pulimentada.—La ciudad lacustre (época del bronce).—La cabaña de tapia (época del hierro).—Este es el barrio prehistórico. Llegamos ya á los tiempos más conocidos.

La casa egipcia.—La casa fenicia.—La casa asiria.—La casa hebrea.—La tienda de los hebreos en el desierto.—Los pelasgos.—La *hostelería* de los etruscos.—Casa de los huídos.—De los persas.—De los germanos.—De los galos.—De los griegos.—La casa pompeyana.—El carro de los hunos.—La casa galo-romana.

Aquí viene un paréntesis, que es la Puerta de Jena. Siguiendo se encuentra: La casa escandinava.—La casa romana.—La casa gótica.—La casa del Renacimiento.—La casa de los eslavos del norte.—La casa bizantina.—La casa rusa.—La casa árabe.—La casa sudanesa.—La casa japonesa.—Tres cabañas de negros de África.—Choza de lapones.—Idem de esquimales.—Pielés rojas.—La casa azteca.—La casa nicásica ó peruana.

Aun cuando no se ha guardado rigurosamente el orden de los tiempos, trabajo que era más que difícil, el conjunto ha resultado tan original como agradable, dando una idea tan completa como instructiva de la historia de la habitación hasta nuestros días. La casa gótica es una maravilla de la restitución, lo mismo que la bizantina, siendo asimismo muy notables la casa pompeyana y la del Renacimiento, no mereciendo igual elogio la azteca y la nicásica, y otras de menor importancia.

Para que la impresión que recibe el visitante sea completa, nada ha descuidado el ingenio de M. Garnier: á la par que la *Habitación*, vese fielmente reproducida la Naturaleza: vese crecer la altiva palmera junto á las tiendas sudanesas y árabes, y la airosa encina junto á la casa galo-romana; crecen desafortados álces en torno de la choza de ramas del troglodita, y rodean el edículo griego los laureles caros á Apolo Delfico; y así sucesivamente está cada país comentado por su flora.

Con lo apuntado podréis formar aproximada idea del conjunto que ofrece la *Habitación Humana*, uno de los departamentos más curiosos, y más digno de ser estudiado, de la Exposición. Otro día nos ocuparemos del Palacio de Máquinas, suprema maravilla del Gran Certamen que venimos reseñando.

BENJAMÍN



Tres pimpollos

# CRISTOFORO

LEYENDA INFANTIL

## I

**C**RASE un hombretón de doce codos de alto ó, más graficamente, como tres hombres uno sobre otro.

Era un gigante y tan grande como dos veces casi el filisteo Goliath, que, según el texto bíblico, tenía seis codos y un palmo de estatura.

Pero este otro gigante, aunque gentil, no era filisteo, y se llamaba *Ofero* antes de su conversión, y después de ella *Cristóforo* en griego, ó *Cristóbal* en nuestra lengua.

Sus fuerzas eran proporcionadas á su magnitud, de tal modo que, ya de niño, vencía siempre en lucha á brazo partido al hombre más robusto que con él forcejara; de mozo, detenía de la cola á un caballo en marcha, ó de las astas á un toro; y hombre hecho, arrancar un árbol de un tirón, desmocharlo con las manos y servirse del tronco ni más ni menos que de un báculo, era para él cosa de juego.

Cosa de juego era también para Ofero rodar una piedra de molino hasta la cumbre de un monte y saltar de una á otra margen de un río de quince pies de anchura llevando en las manos sendos odres de vino, tamaños cómo machos cabríos.

Y abrir de un empellón la puerta de su ciudad cuando á deshora de la noche volvía á recogerse, no le costaba tampoco el mayor esfuerzo.

Era ignorante y sencillo, y, aunque tremendo en sus arranques, bueno en el fondo y hasta noble y generoso. Pero se aburría en su tierra, jugando, por decirlo así, con los labores comunes, sin saber en qué emplear su exceso de vigor con más honra y provecho.

Fuera de esto, no podía estar bien hallado en el aislamiento á que lo condenaba su espantable presencia, con aquella estatura y aquel rostro y aquellas fuerzas de triple magnitud; por lo cual, si las mujeres huían de él por miedo, no le buscaban los hombres por demasiado respeto.

Y un día se dijo Ofero:—No quiero estar aquí más en este nido de hormigas. Voy á correr mundo y á ponerme al servicio del rey más grande y poderoso que encuentre. El me dará ocupación digna de mí.



El caballo de la granja

Y enderezó su estatura, dando con la cabeza en el techo, y salió de su casa y luego de la ciudad.

Y fué andando, andando, hasta que encontró lo que buscaba.

Viendo al rey, que iba en su carro de honor tirado por dos fogosos caballos,

alcanzó el carro y se agarró á la trasera, sin cuidarse de la escolta sorprendida y aun espantada.

—¿Quién detiene así mi carro real tirado por mis dos caballos ligeros como el viento?

—Yo.

Y el rey volvió la cara atrás, y, viendo á Ofero que detenía el carro sólo con su mano derecha, no llevó su enojo adelante, porque le gustó su estatura y muy más su formidable fuerza.

—¿Quién eres?

—El gigante Ofero, que buscaba al rey más poderoso de la tierra y me han dicho que eres tú.

—La verdad te han dicho. Y ¿qué quieres de mí?

—Quiero entrar á tu servicio, pues por grande y fuerte no soy indigno de ti.

—Me servirás, pues no eres indigno de mí por grande y fuerte.

Y el rey le admitió á su servicio y le arrimó á su persona,

haciéndolo jefe de su guardia; y le dió doble soldada y triple ración de carne, pan y vino, para que gastara como dos y comiera y bebiera como tres.

Mas sucedió que un día, queriendo el rey divertir su ánimo fatigado en el gobierno de su pueblo, llamó á su trovador diciendo:

—Aulo, diviérteme, porque me siento fatigado del peso del gobierno.

El trovador cantó primero al son de su bandola, y luego contó un cuento de un rey bueno que murió en olor de santidad y se fué derecho al cielo, y otro cuento de un rey malo á quién se llevó en vida el diablo á los profundos infiernos.



El caballo de la granja

El rey hizo la señal de la cruz, y aun se cruzó todo el busto con una santi-  
guada.

—¿Para qué haces esas ceremonias?—le preguntó llanamente el gigante,  
que le guardaba las espaldas detras de su sitial.

—¡Oh!—exclamó el rey.—Hágolas y debo hacerlas para ahuyentar al  
príncipe de las tinieblas, único príncipe á quien temo.

—¿Luego es más poderoso que tú?

—Cierto que es más poderoso que yo.



El ratón astuto

—Entonces voy á buscar al príncipe de las tinieblas.

—No vayas,—exclamó el rey con espanto. Quédate á mi servicio y te daré  
más soldada y más ración.

—No quiero más ración ni más soldada,—replicó resueltamente Ofero;—  
sólo quiero servir al príncipe más poderoso, y ese príncipe, mal que te pese  
y me pese, no eres tú.

—No, Ofero; no sirvas á ese príncipe.

—Si es tan grande, poderoso y formidable, no soy yo indigno de él por  
formidable también.

—No, no vayas, Ofero.

—Iré.

Y Ofero se apartó del rey y fué en busca del príncipe de las tinie-  
blas.

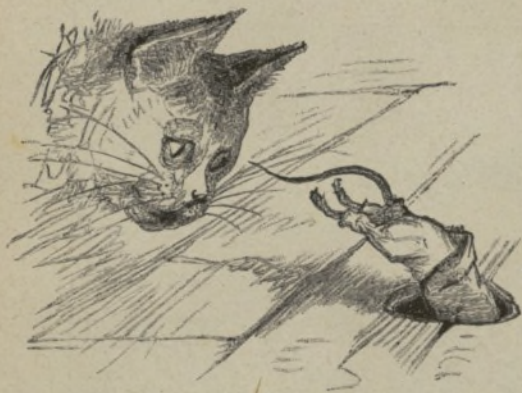
## II

El gigante anduvo todo el día sin encontrar á nadie en su camino, y siguió andando, andando, cerrada ya la noche. Hasta que á media noche creyó vislumbrar en las tinieblas una legión de hombres negros montados en caballos negros.

Uno de ellos, el más negro de todos, enderezó hacia el gigante y le preguntó con voz tempestuosa:

—¿Adónde vas?

—Voy á buscar al príncipe de las tinieblas.



El ratón astuto

—¿Para qué?

—Para servirle.

—No le busques: yo soy: sírveme.

—¿Cómo he de servirte?

—Siguiéndome.

Y Ofero siguió al príncipe de las tinieblas, con su legión de negros diablos, por el mismo camino que llevaba.

Había en el camino una columna de piedra, y sobre ella una cruz muy devota y venerada de los viandantes.

Y luego que el príncipe de las tinieblas vió la cruz, mandó á su legión de diablos volver atrás para tomar la otra rama del camino.

—¿Por qué vuelves atrás cuando te sigo de tan buena voluntad?—preguntó el gigante.

—Viniendo en pos de mí, lo mismo da hacia atrás que hacia adelante: todo es seguir. Pero he visto allá una cruz, que es la insignia de Cristo, y temo á Cristo.

—Si temes á Cristo, no eres tan poderoso como él.

—No, mal que me pese.

—Entonces me voy con Cristo.

—Sírveme á mí y ganarás.

—Más ganaré con quien vale más que tú.

—No, porque te exigirá muchos sacrificios.

—Soy fuerte y llevo buena voluntad.

Y Ofero siguió hacia adelante y la legión de diablos hacia atrás. Y anduvo toda la noche sin poder llegar á la cruz del camino, hasta que el sol del día siguiente dispó las tinieblas de la noche y del infierno y la vió radiante tendiéndole los brazos.

Al pie de la cruz había un ermitaño de rodillas.

—Buen hombre,—dijo Ofero sentándose fatigado en las gradas de la columna;—¿sabrías decirme dónde está Cristo?

—Cristo,—contestó el santo varón levantándose,—está en todas partes, porque Cristo es Dios, Señor del universo.

—¿Es cierto que impone muchos sacrificios?

—No más que uno.

—¿Cuál?

—Llevar su cruz á cuestas.

—¡Bah! Por mucho que pese esa cruz, tengo yo sobradas fuerzas para llevarla, siquiera sea cuesta arriba hasta la cumbre de un monte.

—Hasta ahí se ha de llevar.

—La llevaré.

—¡Dios te bendiga!

—Y ¿hay otro señor más poderoso que Cristo?

—Imposible: El es el Señor de los señores, porque es el mismo Dios, principio y fin de todas las cosas; y ni el sol luce, ni el mar brama, ni la tempestad truena, ni la vida corre, ni una hoja cae, ni un átomo de polvo se mueve, sino obedeciendo á sus leyes eternas é inmutables.

—Quiero, pues, servir á Cristo,—dijo Otero levantándose con aliento y resolución de seguir su camino.—Pero ¡ay de mi! ¿cómo podré yo servir á mi nuevo Señor sin

más facultades que los toros y elefantes y demás brutos de la tierra?

—Con tus mismas fuerzas,—contestó el ermitaño.—Ponlas al servicio del prójimo, y Cristo aceptará tus buenas obras; y pobre ignorante, oscuro en esta vida transitoria, entrarás un día triunfante como un príncipe en su reino.

—Y ¿cómo se hacen las buenas obras para que las acepte Cristo mi Señor?

—Escucha. ¿Oyes ese rumor?

—Sí: es el bramido de un torrente.

—Eso es. Y muchos pobres, que en sus necesidades y afanes vienen por aquí á ganarse la vida, se encuentran á lo mejor atajados por el peligroso curso del torrente. Si se quedan aquende, no pueden ya llevar al hogar el pan que esperan sus pequeñuelos hambrientos; si quieren pasar allende... ¡cuántos, Dios mío, cuántos no vuelven al hogar, sorbidos y arrastrados por la impetuosa corriente!

—¡Pobres huérfanos!

—Albégate á la orilla del torrente; lucha tú con tan terrible enemigo,



Apuesta de niños

digno de tus fuerzas gigantescas; lleva y trae sobre tus robustos hombros á los pobres que, como la humilde hormiga, buscan el grano de trigo á la providencia de Dios; y, no lo dudes, aquí encontrarás á Cristo.

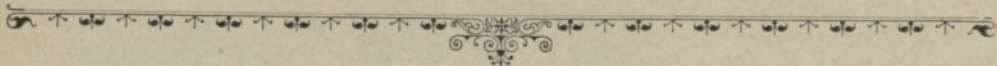
—Sí,—contestó el gigante con entusiasmo y ardor de caridad;—me albergaré á la orilla del torrente; lucharé con tan terrible enemigo, digno de mis fuerzas gigantescas; llevaré y traeré sobre mis robustos hombros á los pobres que, como la humilde hormiga, buscan el grano de trigo á la providencia de Dios; y no cederé en el empeño, ni de día ni de noche, hasta que encuentre á Cristo mi Señor á la orilla ó en el fondo del torrente.

—Ve y Dios te bendiga como te bendigo yo.

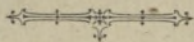
Y el santo varón lo bendijo y desapareció.

C. N.

(Se continuará)



## LA BARCA DEL PESCADOR



Á MI QUERIDO AMIGO FRANCISCO AGUADO

Era una noche horrorosa,  
estaba agitado el mar,  
y se alzaban sin cesar  
las olas con gran furor,  
y á lo lejos se veía,  
de todos abandonada,  
medio rota y desvelada  
*la barca de un pescador.*

Entre el furor de las olas  
de aquel agitado mar,  
se escuchaba, sin cesar,  
el trueno conmovedor,  
y entre el trueno y el relámpago  
que el triste cuadro alumbraba,  
lentamente caminaba  
*la barca del pescador.*

Que las olas la empujaban  
y la hacían elevar  
para volver á bajar  
presa de horrible terror,  
mientras que, con gran peligro  
de quedarse sepultada,  
su camino continuaba  
*la barca del pescador.*

De pronto se rasga el cielo,  
un rayo cae en el mar  
que al cuadro vuelve á alumbrar  
con su grande resplandor,  
y luego... quedó en el fondo  
y en la arena sepultada,  
de todos abandonada,  
*la barca del pescador.*

ALBERTO CASAÑAL

## ❖ NUESTROS GRABADOS ❖

### MERCEDES Y LOS GORRIONES

Había nevado mucho. La niña Mercedes estaba con su mamá junto á la ventana, cuando de pronto oyeron piar, y, al acercarse para ver si había allí algún pájaro, observaron que en el marco de aquélla acababan de posarse seis gorriones, sin duda muy hambrientos, porque no encontraban nada de comer.

—¡Pobrecillos!— exclamó Mercedes.—¿Quieres que les dé unas migas de pan, mamá?

—Sí, hija mía; es lo mejor que puedes hacer, porque, si no, tal vez se mueran esos pobres gorriones.

La niña volvió á poco y abrió la ventana, pero al mismo instante los pájaros huyeron.

—Ya volverán,—dijo la mamá;—pero es preciso que permanezcas inmóvil para no asustarlos.

Poco después, en efecto, los gorriones, acosados sin duda por la necesidad, acudieron de nuevo á la ventana, y esta vez, sin espantarse ya, comieron ansiosamente las migas de pan. Desde aquel día Mercedes tuvo el gusto de verlos llegar siempre en busca de su alimento, que no se olvidó nunca de poner en la ventana.

### EL CUCHARÓN INDIO

En un campamento indio vi cierto día una gran caldera de la cual sobresalía el mango de un cucharón de metal. Varios chiquillos, que apenas tenían fuerza para sostenerse en pie, pugnaban por apoderarse del cucharón para ver si sacaban alguna golosina; y tanto se esforzaron dos de ellos, que al fin cayeron dentro de la caldera, en cuyo fondo sólo había un poco de grasa. Afortunadamente, como los niños van en aquel país siempre desnudos, no se mancharon la ropa. De allí los sacaron completamente embadurnados, y su madre los bañó al punto en el río, á pesar de sus gritos; pero desde aquel día no intentaron nunca acercarse á la caldera.

### EL MARINERITO

Este niño marinero  
sólo tiene cinco años,  
pero tal vez llegue á ser  
un piloto consumado.

### TRES PIMPOLLOS

Son tres niñas muy galanas  
que, felices y tranquilas,  
entre aves y entre flores  
pasan alegres la vida.

### EL CABALLO DE LA GRANJA

El muchacho Federico fué á pasar las vacaciones en la granja de su abuelo, y allí se aficionó mucho á un caballo blanco, tan dócil y pacífico, que cuando el chico quería montarle, andaba siempre con el mayor cuidado para no dejarle caer. El caballo iba todas las mañanas á pastar á primera hora; y, después de almorzar, Federico le llevaba siempre con una cesta alguna manzana, terrones de azúcar y otras varias golosinas. De tal modo se acostumbró á esto el caballo, que si Federico no llegaba á la hora de costumbre, impacientábase y hasta le salía al encuentro algunas veces en el camino.

En el bosque había un angosto sendero, por el cual no se aventuró nunca Federico á entrar solo; pero cierto día rogó á sus primos que le acompañasen para ver á dónde conducía aquel camino misterioso. Al cabo de poco tiempo, y después de cruzar entre una densa espesura, vieron un estanque en cuyas orillas abundaban las más hermosas flores que Federico había visto nunca; y tanto le gustó aquel sitio, que hubiera querido permanecer siempre allí.

## EL RATÓN ASTUTO

Un ratón, ya viejo, penetró cierta noche sigilosamente en la cocina, para ver si la criada había dejado alguna cosa con que mitigar su apetito; pero con gran sorpresa suya encontróse de buenas á primeras al gato.

(Era el tiempo en que hablaban los animales.)

—¡Hola, hola!—exclamó *Micifuf*.—A tiempo has llegado, pues no he podido cenar y tú me servirás para mitigar mi hambre.

El ratón se vió perdido; pero ocurriósele una estratagemata para salvarse.

—Supongo,—dijo al gato,—que lo que tú quieres es que yo cene contigo; déjame ir á ponerme mi traje de fiesta, porque así te pareceré mejor.

Esto le hizo gracia al gato, porque no había visto nunca á un ratón con su traje de fiesta, y pensó que tal vez sería entonces más sabroso.

—Muy bien,—contestó,—puedes ir á mudarte, pero vuelve pronto porque tengo hambre.

El ratón no esperó que se lo dijeran dos veces, é introdujose presuroso en su agujero; mientras que el gato esperó inútilmente, como ya se comprenderá, toda la noche.

Desde entonces fué proverbio, en el país, que mejor es el ratón con su traje ordinario que con el de fiesta.

## APUESTA DE NIÑOS

Teresita y Juanito, sentados en una butaca, ó, mejor dicho, en los brazos de la misma, han hecho una apuesta singular, que consiste en mirarse de hito en hito, para ver cuál de los dos pestañeará antes, y no deben hablar, ni reir, ni hacer ademán alguno que pueda excitar la risa de uno ú otro. Papá será el juez que resuelva si los ojos vencedores son los azules ó los castaños. ¿Quién ganará?

## LA BATA DE PAPÁ

La niña Adriana tenía un perrito, con el que se había encariñado tanto, que no sabía ir á ninguna parte sin él. A las horas de comer quería tenerle á su lado, y también cuando iba á jugar con otras niñas; y, llegada la hora de acostarse, no le era posible conciliar el sueño si no veía al perro á su lado.

Cierto día, después de jugar largo rato con su fiel compañero, acometióle el sueño, y, como viese en el suelo la bata de su papá, envolvióse en ella, colocando al perro junto á sí, y los dos quedaron dormidos. Al cabo de algún tiempo, la mamá, no viendo á la niña por ninguna parte, inquietóse mucho, pensando que habría escapado de casa, hasta que al fin, al recoger la bata que estaba en el suelo, vió con sorpresa que allí estaban Adriana y su perrito.



## LO QUE CONTÓ UNA GOLONDRINA

(Continuación)

Por hermoso que fuese el país que me había servido de cuna, había en mi corazón un ardiente deseo de ver otra cosa. Sabía yo que algún día habría de visitar tierras desconocidas, y cuanto más pensaba en ello, más deseaba que llegase el momento de la partida. Pero sucedíanse los días radiantes del verano y las noches serenas. Los árboles conservaban su rico follaje, que aun no había sufrido del viento ni de las heladas, y creíame que el otoño no llegaría nunca.

Por fin, me dirigí á una vieja golondrina, una madre de nuestra tribu. Sus alas eran débiles ahora, turbia su vista, y los días de sus viajes se habían acabado casi. Preguntéle si el verano pasaría pronto y nos advertiría el invierno que era menester partir para aquellos países que tenía tantas ganas de conocer.

—El cuclillo se ha marchado ya, —le dije;—¿no le seguiremos pronto?

—¡Oh! Esperad, —me respondió. — Esperad y tened paciencia. Sois joven, y el mundo se presenta, ante vuestra vista, feliz y encantador. Pronto vendrá el invierno para vos, como para todos. Gozad de la belleza del presente. Día llegará en que vuestros deseos quedarán satisfechos, y comprenderéis quizás que esto no basta siempre para hacernos dichosos. Soy vieja, —añadió, — y en mi larga vida he aprendido una cosa: cuando el sol se pone por la tarde, no me preocupo por lo que sucederá cuando se levantará de nuevo; si el cielo está azul y sin nubes, no me cuido de las tempestades que vendrán á oscurecerlo un día. Ahora mis alas me pesan mucho: mi vuelo es lento y débil. No sé cómo podré seguiri en vuestro viaje á través de los mares; pero no temo nada, porque siempre me han socorrido cuando he tenido necesidad de ello; y si miro hacia adelante siempre, es con esperanza y confianza.

Y tenía razón, porque el día antes de nuestra partida la vieja golondrina no tenía ya necesidad de fe ni de paciencia.

Una noche volví tarde al nido, y miré, como de costumbre, al saloncillo.



La bata de papá

Bernardo le leía un libro á su abuela, y Ruth se hallaba en pie cerca de la ventana, escuchando en silencio la demanda que Claudio le dirigía en voz baja. Hablaba el joven con emoción contenida.

—Ruth,—dijo Bernardito, y ella se estremeció de oír su voz;—hemos acabado nuestro libro y la abuelita ha dejado escapar dos mallas de su calceta. ¿Quieres venir á levantarlas y darnos un libro nuevo?

Ruth fué al instante. Permaneció un minuto inmóvil delante de la biblioteca, pero su abuela no vió que los ojos de la joven estaban llenos de lágrimas cuando se inclinó para besarla.

Ruth volvió al lado de Claudio, y le dijo más bajo:

—Ya véis que me necesitan, mi querido Claudio: no puedo dejarles.

No pude oír la respuesta de Claudio, pero le tomó la mano y habló vivamen-



La bata de papá

te. Quizás le decía: —Tu pueblo será mi pueblo,— porque por la noche, cuando Ruth se arrodilló á solas en su cuarto, supo que había rezado por su prometido.

Parecieron ambos, después de eso, más felices que nunca. Ruth no pensaba en abandonar á su abuela y á Bernardo; pero alentaba, para un porvenir todavía lejano, una preciosa esperanza. Claudio y ella sabían que podían tener confianza uno en otro.

Trascurría el tiempo, pero nadie parecía notar con qué rapidez huía.

Por fin los días se hicieron más cortos; las noches se hicieron largas y frías. Las moras cubrían los zarzales, y las mariposas no danzaban ya al sol.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Mancebros Pla y Valor: Apodaca, 10. 2.º. MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371. BARCELONA  
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA